XII.

EL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO.

El precedente artículo presenta, como se ve, la más extraña amalgama de absurdos, de buen sentido, de lógica, de paradoja, de errores, de verdades y de contradicciones. Tal como es, sin la ridícula negacion de un hecho que todo el mundo habia presenciado, habria podido pasar como todos los salidos de la misma pluma, y hasta dar que reflexionar á muchas gentes, que no habrian tal vez encontrado su tésis enteramente fuera de razon. Pero estaba tan patentemente desmentido por el hecho, que resultaba ser todo él un absurdo, y *El Universal* ni siquiera se tomó la molestia de hacerle caso. No contestó nada. En cuanto al gobierno, no habia tomado la menor parte en la

polémica, y la dejó desenvolverse libremente, comprendiendo que se aclararia tanto más cuanto mayor fuese la libertad con que se discutiese.

En el fondo estaba muy perplejo.

A la sazon se hallaba á su frente, sin que sea necesario decir que le daba su forma, un hombre á quien no embriagaba su posicion, pues no habia ambicionado el poder, que, por la sencillez de sus gustos, era para él una carga de que de buena gana se hubiera desprendido. Pero, aunque liberal por temperamento, se habia formado del poder una idea que le era propia. Lo consideraba como un depósito que no le era lícito amenguar ni aun en provecho de las ideas que le eran más simpáticas. Simple ciudadano, habria podido reclamar con más ó ménos insistencia tales ó cuales concesiones. Gefe del Estado, sus ideas eran inmutables, y el ejercicio de la autoridad no tenia para él nada de seductor. Pero creia que en conciencia su responsabilidad estaba empeñada en no ceder en lo más mínimo. Figurémonos un Washington, depositario del poder del Gran Turco, que hubiese jurado trasmitirlo intacto á los que vinieron tras él. Liberal por sentimiento y por ideas, trataba casi á la libertad como si fuera su enemiga.

Y se preguntaba lo que seria para el poder la invencion nueva.

Era evidente que si se vulgarizaba, sin tomar de antemano ninguna precaucion, el poder no solamente quedaba debilitado, sino suprimido.

Ni habia que pensar tampoco en que la invencion dejase de adquirir todo su desarrollo. Por de pronto, no tenia en sus manos al inventor, y aunque se hubiera apoderado de él, no podia asesinarle para matar con él su secreto. Demasiado habria tomado el mismo inventor sus precauciones para que, si le sorprendia la muerte, su secreto no se encerrase en su tumba.

No quedaba más que un partido: comprar el secreto y reservarse su monopolio.

Pero no era la cosa de fácil ejecucion.

En la hipótesis, muy arbitraria por cierto, de que el gobierno llegara á entenderse con el inventor acerca de las condiciones de la cesion, fuerza era que entrasen en la confidencia cierto número de personas. Se necesitaba al ménos dar á conocer el procedimiento á cualquiera á quien se confiriese el mando del buque aéreo. Por más que se escogiesen hombres probos, exigiéndoles los más solemnes juramentos, un secreto de Estado que tuviese cierto número de confidentes

habia de ser necesariamente divulgado á pesar suyo.

¿No era además probable que algun nuevo inventor hallase al fin lo que habia hallado el primero?

La vulgarizacion parecia inevitable, á no ser que se imprimiese el descubrimiento mismo, lo que se reconoció imposible. Y la vulgarizacion era el trastorno de toda organizacion social y la supresion de todo gobierno.

¿Se podria siquiera combinar una série de leyes bastante eficaces para evitar las terribles consecuencias que todo el mundo habia indicado? No era fácil. Las leyes no alcanzarian fácilmente á hombres provistos de un medio de evasion tan poderoso.

¿Y cómo librarse de las invasiones de extranjeros que podian llegar inopinadamente de los países más lejanos para conquistar la nacion francesa, ó al ménos saquearla y desaparecer en seguida? ¿Habria precision de crear innumerables ejércitos aéreos para defenderse, y volver á los países extranjeros los males que de ellos se hubiesen recibido?

No se veian más que imposibilidades en todas partes.

Se concluyó por donde tal vez se habria debi-

do empezar. Se resolvió ponerse en relacion con el navegante aéreo é informarse de las medidas que él tendria probablemente que proponer para que su descubrimiento no llegase á ser una calamidad pública, sino que, al contrario, fuese un beneficio para el mundo y en particular para Francia.

No detenia al gobierno más que una cuestion de fórmula y de dignidad gubernativa. Le repugnaba dar el primer paso y sobre todo, entrar en tratos con un desconocido. Escribió á éste, por conducto de las oficinas de *El Universal*, diciéndole que en el caso de quererse dar á conocer al gobierno, el cual le prometia el secreto, se recibirian las comunicaciones que tuviese á bien dirigirle.

El inventor contestó inmediatamente en una carta sumamente atenta en la forma, pero que en el fondo, no obstante los más hábiles circunloquios epistolares, era altiva y hasta impertinente. No habia llegado aun el momento de darse á conocer pero estaba dispuesto, ya que el gobierno lo deseaba, á ponerse en comunicacion con él conservando el incógnito. Ofreció prestarse á enviar y recibir correspondencias por conducto de *El Universal*, ó por un buzon análogo, adaptado á la chimenea que el gobierno mandase preparar al

efecto en alguno de los edificios del Estado. Creia que la autoridad estaba sumamente interesada en combinar las medidas que se le hubiesen ocurrido para proporcionárselas, y él se obligaba á examinarlas con toda la asiduidad que mereciesen, deseoso de que redundara en beneficio del público el incalculable poder que se hallaba en sus manos, y de probar al gobierno toda su deferencia y su respeto.

Estaban trocados los papeles. El desconocido se erigió en protector, dejando al gobierno el papel de protegido. No habia que hacerse ilusiones acerca de su pretension de tratar de potencia á potencia, y hasta de potencia superior á potencia inferior. Afortunadamente, eran sus formas, como se ha dicho, tan políticas que, sin sacrificar las apariencias de la dignidad, el gobierno se pudo someter á su ley afectando imponérsela. Hubo que resignarse á una situacion impuesta por la fuerza de las circunstancias, dominando todos los resentimientos del amor propio. El gobierno le escribió que consentia en otorgarle el modo de correspondencia que solicitaba, y que estaba pronto á examinar las peticiones de indemnizacion que formulase para la comunicacion de sus procedimientos.

X. Nagrien respondió que no era la cuestion de

indemnizacion la más urgente, y suplicaba que se la examinase más adelante, limitándose á dar sobre este punto algunas indicaciones de que seria fácil hacerse cargo en ocasion oportuna. Su invencion, si le convenia explotarla, podia procurarle beneficios casi indefinidos. Podia establecer un comercio inmenso y lucrativo con las partes inesploradas de Africa, con el Oriente, con las regiones auríferas y con otros países lejanos. Podia dedicarse al contrabando. Podia trasportar viajeros y mercancías. Los 65.000,000 á que subió en algunos dias la suscricion de los que pidieron asiento para el viaje alrededor de Francia, mostraban cuánto podrian producir otros viajes análogos ó al extranjero. Dando á su invencion otras aplicaciones, podia arrendar á los industriales fuerzas matrices. Le era fácil ganar centenares de millones. Ya por el buzon de *El Universal* le habian llegado ofrecimientos considerables. Una casa de banca, al pedirle que fijase una cantidad que sirviese de tipo, declaró que, sin comprometerse de antemano á aceptarla, tomaria en consideracion y la discutiria, aunque pasase de 100 ó de 150 millones. Su invencion esplotándola él mismo, representaba 800 ó 900 millones, y tal vez millares de ellos. Estaba seguro de que, cuando él quisiera, Inglaterra ó los Estados-Unidos le da-

rian 500 ó 600 millones. Pero no tenia prisa alguna por recoger los beneficios que podia realizar cuando bien le pareciese. Su principal deseo era que Francia se enriqueciese con su descubrimiento, y se consideraria suficientemente indemnizado con una recompensa nacional reducida á proporciones mucho más modestas, 150 ó 200 millones. No era, pues, la ganancia lo que le preocupaba. Lo principal era examinar las medidas que podrian adoptarse para la práctica de su descubrimiento, y suplicaba al gobierno que acerca del particular le comunicase sus combinaciones.

Al pronto causaron sorpresa las cantidades indicadas por el navegante aéreo. Pero luego, reflexionando acerca de ellas, no parecieron exageradas. Por lo demás, el gobierno se veia muy apurado para emitir ideas de que carecia respecto á la solucion del insoluble problema. Costábale mucho insistir para obtener inspiraciones del inventor de que éste tal vez carecia tambien, puesto que no tomaba la iniciativa como era de esperar. El gobierno le escribió que la cuestion estaba en estudio y que le comunicaria las resoluciones que se adoptasen. Tomóse en efecto el partido de estudiar formalmente la cuestion, con la esperanza de llegar á descubrir al fin alguna combinacion practicable.

X. Nagrien respondió que, siendo así, iba á emprender su gran viaje, cuya duracion no seria muy larga, y que á su regreso podrian proseguirse las comunicaciones. Para los estudios que se iban á empezar indicó un elemento útil. Era posible formar capitanes hábiles para la maniobra del buque sin iniciarles en el secreto de los procedimientos de locomocion. Así pensaba él proceder en el caso de que, no consiguiendo el gobierno proporcionarle medidas convenientes para poner en práctica su descubrimiento, se decidiese á explotarlo por sí mismo.

Habian llegado los últimos dias de Mayo. La partida para el viaje alrededor del mundo estaba fijada para el 10 de Junio, primer aniversario de la manifestacion con que el inventor habia asombrado al público. Los viajeros, prevenidos con mucha anticipacion, habian llegado de todos los puntos del universo. Un nuevo buque con almacenes, salones, cámaras y dependencies de todo género, se habia construido á poca diferencia sobre el plano del primero, en proporciones suficientes para trasportar quinientos pasajeros, rodeándolos ingeniosamente de todas las comodidades No faltaban provisiones, ni armas, ni instrumentos para las observaciones científicas, ni precauciones contra la intemperie. Tratábase nada ménos

que de visitar todas las capitales de Europa, atravesar les mares, penetrar en las regiones inesploradas, presentarse á las tríbus salvajes, que quedarian mucho más atónitas ante aquella aparicion que los indios al aspecto de los primeros buques que vieron llegar de Europa.

Se habia organizado una fiesta nacional para el gran dia de la partida, habiéndose puesto para el embarque á disposicion del navegante aéreo el patio reservado de los Inválidos. Al medio dia se elevó el buque empavesado, al son de músicas y entre las aclamaciones de los pasajeros, estrepitosamente contestadas por la muchedumbre, y entre los estampidos de su artillería que respondia al cañon de los Inválidos. Atravesó la esplanada, remontó el curso del Sena hasta el puente de Austerlitz, á igual distancia de los dos muelles, se elevó más y mas alejándose hácia el Oriente, y se le distinguió mucho tiempo como un punto negro ántes de desvanecerse en el espacio.

Entre las cartas que la administracion de correos tenia separadas para inutilizarlas, por no haber ido nadie á recogerlas, se encontró un dia una dirigida al redactor principal de *El Universal*, periódico que no existia. Dicha carta, cuya firma

omitiremos por discrecion, estaba concebida en los siguientes términos:

"Solo vos podreis y querreis burlar el abominable complot de que soy víctima. La prueba de que no estoy loco está en que comprendo perfectamente que quieren hacerme pasar por tal las compañías de caminos de hierro. Me hallo aquí rodeado de infelices dementes, cuyo estado, que me causa piedad, conozco perfectamente.

"Venid á visitarme, evitando sobre todo, tropezar con algun empleado de ferrocarriles, que se han ligado todos con terribles juramentos, prometiendo no retroceder ante ningun crímen para ahogar mi descubrimiento. Haré echar esta carta al correo por un individuo cuya adhesion me ha costado muy cara. Le he dado las instrucciones necesarias para que no le interceptasen los enemigos conjurados contra mí. Le he descrito las señas por las cuales reconocerá con toda seguridad á los empleados de caminos de hierro, monstruos horribles que toman los más variados disfraces para espiar mis más insignificantes acciones. He reconocido á un guarda-agujas en la persona de un supuesto médico que ha venido á verme algunas veces, so pretexto de hallarse enfermo el médico ordinario del establecimiento.

"No puedo atribuir más que á un narcótico,

propinado por manos pérfidas, el irresistible sueño que se apoderó de mí al llegar á la vista de Viena. Muy profundo debió ser mi letargo para que se me pudiese trasladar á mi cama, donde, al dispertar, tanto me ha sorprendido el encontrarme. Las compañías de caminos de hierro habian complicado sin duda en su odiosa conjuracion á todos mis dependientes, los cuales se han aprovechado de mi insistencia en pedir noticias de mi buque para conducirme aquí bajo el pretexto de que aquí lo encontraria. Muy pronto se quitaron la máscara, atreviéndose á decir que el negópos, el buque aéreo, vuestro periódico mismo y todos los prodigios que ha contemplado el mundo, no han existido nunca más que en mi imaginacion. Pero yo, con vuestra ayuda, sabré invalidar tan pérfidas maniobras, y puesto que el gobierno ha cometido la bajeza de favorecerlas, no le guardaré ya ninguna consideracion. El sabrá que el hombre que tiene en su mano los destinos del mundo tiene el poder de castigar. Vos sabreis tambien que tiene el poder de recompensar, porque sereis el primero, y durante mucho tiempo el único, á quien revelaré el secreto de mi *prodigioso descubrimiento*.

FIN.